



## Fragmentos de leyendas



que entonces no leí y, es más, ni tan solo de los pasos pertinentes para enterarme de que lo fueran porque me dije que luego, cuando tuviese el ordenador con internet y como parecía así a simple vista tan sencillo el seguir porque no tendría que hacer más que escribir arriba, en la barra, valentinalujan precedido de las tres uves dobles de rigor, allí estarían.

Pero cuando llegó el “luego”, cuando “luego” fue “ahora” y pulsé sobre las tres uves dobles seguidas de valentinalujan, las cosas no resultaron tan fáciles porque a lo que yo llegaba era a una especie de índice, larguísimo<sup>1</sup>, que me entraron sudores nada más de verlo porque a ver dónde tendría que hacer clic para encontrarlos.

Entendí que era como buscar una aguja en un pajar y, desanimada pero comprendiendo que la única forma de llevar un orden era aplicar un procedimiento y seguirlo rigurosamente, empecé por arriba, haciendo clic, en cada renglón, y bajando y bajando y abriendo y abriendo, todos, todos los renglones hasta que llegué a uno que ponía Foto de una jaula vacía que no se abría, yo ponía el ratón y hacía clic pero el renglón no se abría.

Me di cuenta entonces de que en el renglón de más abajo ponía para ver esta foto ir a baulito y seguir instrucciones, y que al poner el puntero en ese baulito aparecía la manecita que aparece siempre cuando se está en un enlace.

Así que pulsé, hice clic y llegué, sí, al baulito.

Pero en el baulito el panorama era más o menos parecido porque, otra vez lo mismo, dónde tendría que hacer el clic para encontrar la continuación de aquellos malditos folios 9 y 10 que estaban ya empezando a llevarme por la calle de la amargura.

---

<sup>1</sup> Ver aquí.

Lo que sí ocurrió, a diferencia que en el índice, es que me quedé maravillada de ver tantísimas cosas, y se me olvidaron un poco los dos malditos folios 9 y 10 que me estaban ya empezando a llevar por la calle de la amargura... ah, pero ya lo he dicho, 9 y 10 y empecé a subir y a bajar y a pasearme y vi entonces la caja de los bombones Valor, que puede decirse que no tiene por qué llamar la atención porque es la típica caja, que tiene que haber miles desperdigadas por el mundo, de bombones Valor, pero que a mí sí me la llamó porque da la casualidad de que, así como no tengo ninguna caja roja de Nestlé ni ninguna caja azul de galletas danesas, sí tengo una caja de bombones Valor idéntica que es, concretamente, en la que guardo en el segundo cajón de la mesilla de noche empezando por abajo los cubiertos de plástico de usar y tirar que casi nunca tiro pero no porque sea yo ninguna roñosa que los reutilice después de chupeteados sino porque casi nunca uso porque, creo que también lo he dicho, a mí no me gusta fregar ni cocinar ni hacer la compra y como siempre en la calle excepto, alguna noche, una ensalada de esas que vienen en una bolsa al vacío que, entonces sí, voy al cajón de la mesilla y busco un tenedor que tiro después aunque, por lo general, esas ensaladas las pido por teléfono a Telepizza que — y que las recomiendo, por cierto, las ensaladas de Telepizza porque la lechuga está crujiente y fresquísima, como recién cogida de... la mata, o de donde se cojan las lechugas, que se yo muy poquito de jardinería — me la trae con cubierto incluido; de modo que a los de la mesilla apenas recurro y pueden pasar meses y puede que hasta años sin que tenga necesidad de abrir la caja.

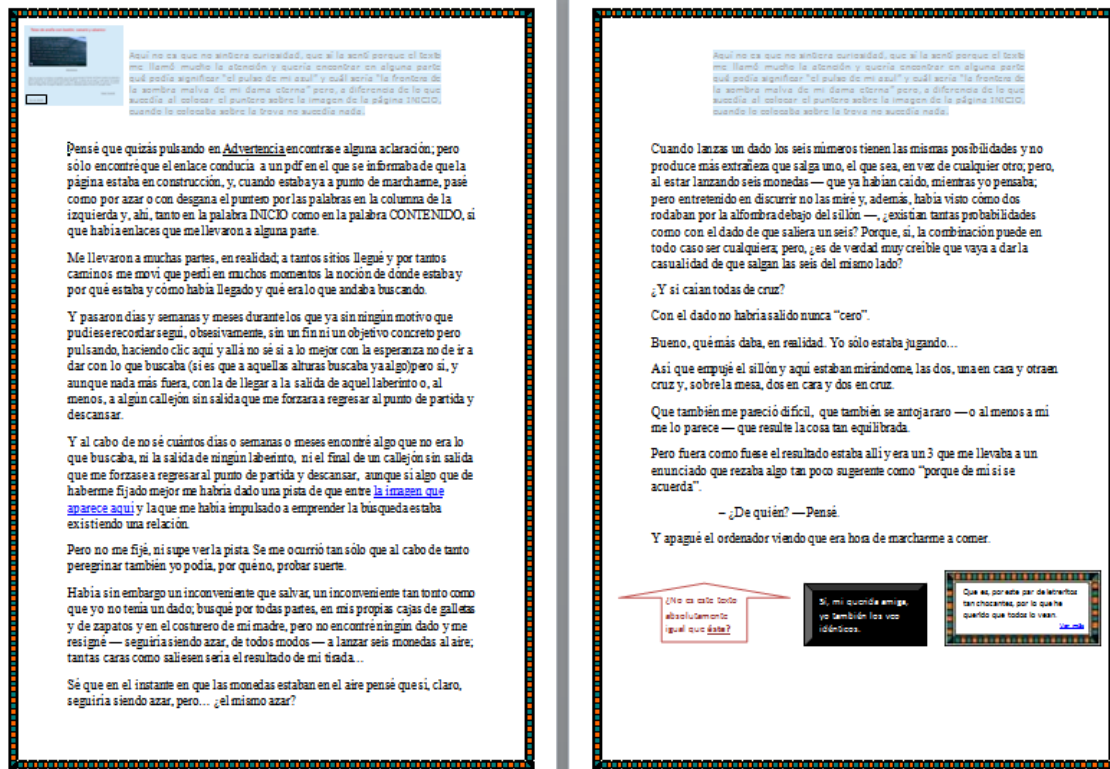
Así que, quizás únicamente porque me hizo a mí gracia que fuese igual que la mía, la abrí, quiero decir hice clic y ella se abrió, [así](#), pero como sólo era una caja vacía la volví a cerrar y me marche a seguir con la de mi microondas que, esa sí, estaba hasta arribita de papeles que supiera Dios cuándo terminaría yo de inspeccionar y no volví a acordarme de caja de bombones ninguna — virtual ni verdadera — hasta que no

sé cuánto tiempo después , pero que debió de ser mucho porque recuerdo que como el baúl — verdadero, no virtual — de la habitación grande no era mío no me sentía con derecho a utilizarlo, pero como pese a haber insistido mucho terminé por desesperar de que viniesen alguna vez a recogerlo me acabé liando la manta a la cabeza y — aunque no lo abrí, porque yo abrir el baúl no lo hice nunca (que yo recuerde, al menos; y tiene que ser rigurosamente cierto porque sé haber dicho, y lo sé porque tengo una memoria buenísima, que tengo una memoria buenísima) — terminé por tratarlo como si fuera una mesa cansada, porque estaba ya muy cansada, de andar siempre sentada por los suelos como si fuera una geisha cuando, además, a mí no me gusta el té y, por eso, sé que tuvo que pasar mucho tiempo porque puse la pizza encima del baúl; porque fue una noche que no pedí ensalada sino una pizza cuatro estaciones y tuve, por eso, que ir a buscar mi caja de bombones del cajón de la mesilla de noche y, entonces, al verme frente a la verdadera me acudió a la memoria la virtual, y en vez de volver al baúl a comerme la pizza me fui al ordenador a buscar el virtual, y allí la caja, cerrada, como siempre, y aunque sabía que iba a estar vacía porque tengo una mem... que, bueno, ahora mi memoria no importa pero yo sabía que iba a estar vacía porque tengo una memoria buenísima volví a abrirla, como si no lo supiera, y cuando se abrió, mira, [así](#), como siempre, claro, que qué tontería no sé para qué lo digo porque usted — que, mire, por cierto, y olvídense del mira porque a mí no me gusta tomarme confianzas con mis lectores, que algunos son muy estirados y esas confianzas no les gustan aunque si quiere que le diga la verdad, que a todos nos gustan las verdades, ¿verdad?, aunque a veces sean verdades que no nos guste, también yo a veces me pongo estirada y algo tirante cuando me tocan las nar quiero decir la fibra sensible, que con usted no es el caso porque no me ha tocado usted nada (al menos que yo recuerde y ya sabe usted lo de mi memoria) ni me lo tocará y no, entiéndame, porque no sea capaz de tocar fibras sensibles — y narices a lo mejor también — sino porque es muy poco

probable que lleguemos a conocernos jamás —; tontería, decía yo, porque si es “como siempre” usted ya lo habrá experimentado por sí mismo o misma pero, con la particularidad esta vez de que, y que debe de ser que la vez anterior no miré yo bien porque de mi memoria no tengo ninguna queja, que qué queja podría yo tener de una memoria tan buena, pero sí de lo atropellada que soy a veces, que no me fijo o me fijo tan mal que es como si no me fijara y no vi, que no sé cómo pude no verlo, que si pinchaba en el centro de la O de VALOR — tenga presente que ahora estamos hablando de VALOR virtual y no del verdadero que está en mi caja de los cubiertos del cajón de la mesilla — se abría un archivo que, por primera vez desde que cuando el hombre del camión me trajo la verdadera caja de mi microondas y pude por fin utilizar mi ordenador, contaba (o bueno, cuenta) desde el principio una historia que yo, tan contenta de por fin pillar algo que no fuese un trozo (fragmento) sin pies ni cabeza, me puse a leer aunque sin grandes esperanzas porque en seguida me di cuenta de que la historia no valía en realidad nada. Pero seguí, seguí y seguí hasta que me encontré con la masa de hojaldre para volovanes (subrayada y en rojo, que se lo digo por si usted se cansa antes, porque yo tengo mucha paciencia) que, no me pude resistir, me fui corriendo a buscarla porque, no sé por qué, o por algún tipo de fijación infantil que no recuerdo — y que en tal caso no será por eso porque tengo una memoria que para qué repetir lo maravillosa que es — el caso es que de siempre, pero de siempre siempre, he querido yo saber hacerla pero mi madre, como suelen ser las madres las que la enseñan a una a hacer esas cosas, sabía hacer empanadillas y croquetas pero los volovanes, que suena (o me sonó a mí siempre) a cosa tan francesa mi madre, que era manchega y las migas se le daban estupendamente, de francés y de su glamur y de su charme no sabía ni una palabra.

Pero, ¡oh decepción!, aquello — que ya lo habrá usted visto y mira (mire) que lo siento si se ha quedado tan frustrado o

frustrada como yo — no era para nada la receta de la masa de hojaldre para volovanes sino este par de páginas en las



que como no encontré ninguna advertencia seguí bajando a muchas partes para enterarme, aunque no era lo que a mí me interesaba, de que pasaron días y semanas y hasta meses para, luego, no encontrar la salida de ningún laberinto para lo que, por lo visto, habría sido una pista muy esclarecedora la imagen que aparece [aquí](#) pero aquel tipo insustancial no se fijó y aunque yo sí me fijé los volovanes no aparecieron por ninguna parte hasta que, por fin y después de dar muchas vueltas, miré para arriba y ley Aqu%ED%20no%20es que, maldita sea, para qué además de escribirlo tan mal y lleno de porcentajes me manda el muy pedazo de simplón sin fuste a dónde no era.

¿Pero y de dónde sí estuviera siendo, qué?

Así que me puse de mal humor y la pizza, encima (del baúl, sí, pero además), se me había quedado fría que por qué no pedí como siempre la ensalada tan crujiente y tan fresquita.